

EL SOLDADO

Como era habitual, aquella noche, cortaron el suministro eléctrico. Samuel buscó a su compañero Jonny entre las literas del largo dormitorio, pero no le encontró.

El resto de la tropa parecía desafiar al miedo y a la rutina en la improvisada cantina de la nave central del campamento. Allí tenían faroles de queroseno y la tenue luz facilitaba las partidas de cartas y el consumo de alcohol. Los soldados mantenían un ambiente desenfadado y ruidoso, aunque todos estaban en alerta, conteniendo la tensión.

Desde los últimos ataques a las mezquitas y los asaltos de los rebeldes chiíes, habían doblado los turnos de guardia.

Jonny, temeroso de que sus compañeros se burlaran de su afán por escribir, se refugiaba en un sector del almacén, entre frascos de conservas, cajas de leche, café y cereales, para que no descubrieran su diario. Sobre un saco, entre unas cajas, había instalado su escritorio. La luz de la linterna le daba un poco de ambiente. Le gustaba escribir, desde adolescente descubrió esa pasión que su padre recriminaba, y ya desde entonces aprendió a escribir a escondidas.

DIARIO: Jueves 29 de Abril

He dormido mal, siempre me pasa la víspera de mi cumpleaños, debe ser la inquietud que desde niño siento por la emoción, los regalos...

Aquí precisamente no tendré ningún regalo, pero lo único que deseo, que pido, el regalo es no morir, un día más de vida... En realidad, esta noche he dormido especialmente mal, aunque desde que me destinaron a este país, a esta guerra, no he dormido bien ninguna noche.

Ni siquiera lo puedo insinuar ante mis compañeros, patrióticos soldados como me suponen ellos a mí.

¿Qué pensaría mi padre si me leyera el alma? ¡Mi padre! Tan orgulloso de que esté en Irak...Ni la arena de este desierto es semejante a la del Cañón del Colorado ¡Qué pobreza lastimera la que nos rodea aquí!

Las noticias que se propagan entre la tropa son inquietantes. Según parece, ayer murieron sesenta y cuatro personas en sólo seis horas de combate en la ciudad de Nayaf. Eran combatientes chiíes, así lo han proclamado, pero nosotros sabemos que cuando la muerte cae sobre una población, lo hace de forma indiscriminada. La televisión árabe, que apenas nos dejan ver, asegura que la mayoría de las víctimas son civiles. Yo no me siento preparado para este horror, esta guerra no va conmigo, echo profundamente de menos a la familia y a mi paisaje.

En un día como éste querría recibir el abrazo de mi madre. Sé que ella también sufre con esta guerra, estando tan lejos de nuestra granja y de su lado.

Echo de menos a mi caballo, cierro los ojos y puedo cabalgar sobre él, sentir el aire limpio de los campos y el frescor que el riego les proporciona. Ya estará creciendo el forraje y el cereal, espero que este año la cosecha se libre de las plagas.

Aquí estamos muy nerviosos, en alerta, en cualquier momento nos pueden movilizar. Ayer atacaron un convoy americano en la ciudad de Bufa, cerca de Nayaf, eso desencadenó la matanza. De madrugada, nuestras tropas han atacado la ciudad de Faluya con aviones y

helicópteros, el presidente ha autorizado a los jefes militares de la zona para hacer cuanto sea necesario para controlar esa ciudad, símbolo de la resistencia.

Los soldados lo sabemos y estamos asustados, yo estoy asustado, quisiera no encontrarme aquí.

Al parecer han sido los aviones AC- 130 H los que han bombardeado con obuses en el barrio de Al Yolán. Los combates se han entablado cerca de la estación de tren, sobre los edificios fortificados, pero la zona industrial está bajo control estadounidense. Toda la ciudad está asediada, cerca de dos mil marines están esperando el asalto final.

Samuel me ha interrumpido pues ha llegado el correo y tengo carta. ¡Estupendo regalo de cumpleaños!...

El estímulo patriótico de mi padre no me otorga ningún consuelo, ¿ Acaso ignora que en lo que va de mes han muerto más de mil soldados de los nuestros? ...

¿Qué noticias les llegarán a ellos?

Su carta me ha resultado breve, la he oído y apretado, por unos instantes he sentido el olor intenso de la plantación, la alegría de mi alocada hermana y ese amor profundo y protector de mi madre.

Esta carta, si bien me ha hecho mucha ilusión, también ha sembrado una profunda nostalgia.

¿Hasta cuándo estaremos aquí?

¿Podré celebrar el próximo cumpleaños junto a mi familia? ¿Nos movilizarán después de los marines?

Una capa gris y espesa se apodera de mí, me nubla la vista y las páginas de esta viejo diario.

¡Feliz día de cumpleaños!

Jonny tenía doce años cuando su padre le sorprendió absorto sobre su cuaderno, en donde desvestía su inquietud. El padre le exigió esas páginas, pero como era domingo y casi la hora de la ceremonia religiosa, la petición quedó postergada para después. Jonny tuvo tiempo e ingenio para redactar otras páginas llenas de elogio para la vida familiar, la escuela y las tareas de la granja.

Su padre se llenó de orgullo, se despejaron dudas y comenzó a ver trazado el ideal de educar a su hijo para orgullo y defensa de su patria.

Samuel estaba preocupado por él, por mucho que Jonny lo intentara no pasaba desapercibido entre la tropa; su cara era llamativa por su tez blanca salpicada de pecas y por los ojos verdes con rasgos felinos. En el instituto algunos compañeros le llamaban "gatita", él siempre les rehuía. Aprendió a ocultar los rasgos de la cara entre los rizos pelirrojos, pero hasta esa identidad le mutiló la guerra.

Fueron esos rasgos infantiles y femeninos, tan al descubierto tras el corte de pelo que mensualmente les hacían, los que indujeron a Samuel a convertirse en su protector. Samuel encontraba en esos rasgos una belleza inusual, acrecentada por los episodios de la guerra. y del cuartel .

Samuel era respetado por su robustez y por ser el encargado de repartir el correo a la tropa. Las cartas recibidas entre los soldados eran un aliciente, una escapatoria. Samuel podía retrasar esa dicha e incluso cancelarla.

La última carta que entregó a Jonny, precisamente el día de su cumpleaños, lejos de animarle, dejó a Jonny aún más taciturno.

Carta del padre: Querido hijo:

Ruego a Dios para que al recibir esta carta te encuentres bien, lleno de ánimo y valentía para desempeñar esta honorable tarea que nuestra Nación te ha encomendado.

Hemos puesto mucho empeño en prepararte esta carta para que llegue el día de tu cumpleaños: ¡Veintiséis años! Nos sentimos muy orgullosos de ti. Las noticias que nos llegan de la guerra son escasas pero tengo la certeza de que saldréis victoriosos en la campaña y esa victoria será la derrota del terrorismo, la imposición del orden que ayude a aquella población a reconducir su vida.

Tu madre pide que te alimentes bien y dice que te tiene siempre presente en su pensamiento. Gracias a la educación que de mí has recibido, he conseguido salvarte de esa fineza y sensibilidad de carácter que ella posee. Tu hermana sigue su vida con la pandilla del instituto y parece tener en nuestro adinerado vecino un ferviente admirador. Ella te manda muchos besos en el día de tu cumpleaños.

Las cosechas de temporada están siendo buenas, la amenaza de la plaga de langosta se ha alejado.

Tu caballo está inquieto, no dispongo apenas de tiempo para sacarle a cabalgar, confío en

que muy pronto tú puedas hacerlo

Hijo, cuídate y pelea con honor, como digno representante de nuestra gran nación.

Tu padre que te quiere.

En el tiempo de descanso Jonny acababa de responder a la carta a su padre. Se sentía a gusto en soledad, liberaba su intimidad, junto con algunas lágrimas, en su diario.

El corte eléctrico interrumpió su tarea, la oscuridad eclipsó su desahogo y el sueño de lluvia y tormenta sobre la pradera que tanto añoraba. Se derrumbó en un peligroso camino entre la vida y la muerte; un camino de tragos ardientes de whisky y desolación ... Samuel lo encontró inconsciente, entre sus manos tenía un papel arrugado en el que se podía leer: "*Carta para mi madre*".

Samuel lo cargó sobre sus hombros y lo llevó a las duchas con prisa. Apenas lo desnudó,

apoyándole sobre sí, y lo puso bajo el agua. La cabeza de Jonny no se mantenía, tiritaba, su carne parecía más blanca en la oscuridad, su fragilidad y belleza más puras... Samuel lo abrazaba y con el contacto de Jonny sintió un calor que traicionaba su cuerpo. Cuidó a Jonny mientras dormía, cogió sus papeles y no pudo *evitar* leer las últimas anotaciones de su diario:

DIARIO: Viernes 30 de abril

He escrito a mi padre agradeciendo su carta. Sí, en realidad la carta era para él, pues es quien ha marcado el rumbo de nuestros destinos; es él quien ha anulado la dulzura y sensibilidad

de mi madre, al menos en apariencia, el que ha alimentado los sueños de mi hermana de convertirse en una rica hacendada... y el que me ha convertido en un soldado "patriótico" desterrado de su hogar...

Sí, le he escrito y en esa carta he mostrado al hijo que él quiere ver, del que se pueda sentir orgulloso si no regresara a casa.

Pero el corazón me estalla de ansiedad y temo que el estallido se propague mucho más allá de mi cuerpo, que la onda expansiva me haga cometer una locura, anule la voluntad de sobrevivir, me impulse a una carrera sin retorno sobre este polvorín que nos rodea, sobre esta arena sucia... sin sombra de árboles protectores y fértiles, praderas, cosechas, sin establos y sin piedad, sin ningún tipo de piedad.

Por todo esto, ahora escribo en este cuaderno que muestra mi verdadero yo, aunque en realidad no tenga destinatario.

Sólo mi madre me conoce con profundidad, sólo ella comprendería estos sentimientos, disculparía la desnudez y arroparía mi corazón como me arropaba el cuerpo en las tardes de tormenta.

Sólo recordar la lluvia y la furia de las tormentas me estremece, aquí en donde el calor es sofocante y el polvo espeso.

Cierro los ojos y siento la intensidad de la lluvia, su frescor...

Jonathan Smith no regresó a su casa el 30 de junio de 2004 como estaba previsto. Su reemplazo sí lo hizo, todos menos los que se quedaron en el camino.

Al principio su padre se sintió muy orgulloso, valoraba su acto como símbolo patriótico, de entrega.

No regresó y sus cartas se hicieron más frías. Su madre sabía que su hijo había cambiado, algo en su interior le hacía temer de manera desmedida por él. Siempre intuyó sus sentimientos confusos.

Transcurrían los meses de calor y la recogida de la cosecha apremiaba, su padre comenzó a añorarle por primera vez. Jonny era un chico trabajador y disciplinado. La extensa pradera de la granja y la abundante cosecha le obligaron a desarrollar la musculatura y la fortaleza.

Ese verano su padre, prematuramente envejecido, hubiera necesitado aquellos brazos fuertes y jóvenes, el espíritu generoso de su hijo que no escatimaba esfuerzo en el trabajo.

En Arizona, aunque lo intentaron, como sucedió en otros estados, no pudieron ignorar las acusaciones de tortura a los presos iraquíes, a pesar de eludir las conversaciones al respecto algo se empezó a tambalear en el seno de la mayoría de las familias conservadoras de la zona; la de Jonny no era ajena a cierto sentimiento no reconocido de estupor. Las normas trazadas por su religión impedían el maltrato. ¿Cómo estaría viviendo su hijo esa situación? ¿Qué sucedería si los presos fueran americanos?

Las fotos aparecidas en la prensa y en los noticieros no podían estar truncadas. Aquel americano que fue degollado ante las cámaras, joven y pelirrojo, podría haber sido su propio hijo. El calor arreciaba en especial en las tardes de tormenta, el señor Smith procuraba no pensar, no añorar a su hijo, pero la decisión de no regresar al hogar cuando sus compañeros de reemplazo lo hicieron, le creó un desasosiego desconocido.

Mientras tanto Jonny sobrevivió a aquella noche de inconsciencia y pesadilla. Se volvió más silencioso y huidizo entre sus compañeros, no sólo su rostro tenía rasgos felinos, los movimientos cada vez eran más similares a los elegantes y meditados desplazamientos de los gatos. Recordaba a los que se escondían sistemáticamente en el pajar de su casa, siempre en

alerta, dispuestos a luchar y sobrevivir. Podría suponer que era casi invisible si no fuera porque Samuel le seguía constantemente, le obsequiaba, ... Realmente le hubiera gustado ser invisible incluso para él.

Aquella noche en la que la borrachera le condujo a la inconsciencia, algo cambió dentro de él. No pudo recordar lo que pasó con exactitud, pero sí el tamiz de un sentimiento prohibido, un apremio de abrazos y una boca férrea. Una excitación profunda y dolorosa, mareo, náuseas nuevas, abrasivas, punzantes.

A la mañana siguiente, Samuel justificó su ausencia en el pelotón ante el teniente Mur, por indisposición. Jonny durmió muchas más horas de las previstas.

En realidad, aquellos hechos fueron para Jonny una oportunidad para enfrentarse a sí mismo.

Tuvieron que pasar días de silencio y desolación hasta que Jonny escribió *la carta a su madre*:

¡Querida madre, añorada madre!:

El polvo de este país y de la guerra lo impregnan todo.

El papel aquí, este folio sobre el que trato de escribirte ya no es blanco, como tampoco son blancas las sábanas, las túnicas o muestras conciencias.

Todo ha cambiado con esta guerra absurda. No sabría decir si el enemigo está fuera o dentro, si está en Irak o en nuestro país, si me rodea en cada ocaso, vigila, le vigilo yo a él o si se ha instalado en mi vida para siempre...

Tal vez ha sido este estado de indefensión permanente el que me ha llevado a conocer en mí sentimientos o desafíos ocultos o ignorados. Salgo todas las tardes en la patrulla de vigilancia, me ofrecí para esta tarea y hasta yo mismo me sorprendí. Es el turno más peligroso, ya que con la caída del sol todo parece sombra, y sin embargo, desde el blindado que nos desliza lentamente por las calles, qué polvorientas, qué aniquiladas..., me siento bien. Me gusta contemplar las calles bajo el ocaso y las palmeras.

Sí, madre, las esbeltas palmeras son en esta tierra el signo más evidente de esperanza.

Resistentes, altivas... se elevan al cielo y creen en Dios. Creen en Dios como a mí me gustaría creer, miran al cielo como yo quiero mirar al cielo estrellado de Arizona ... Olvidar esta pesadilla que me ha cambiado, que temo me arrancará de cuajo, en cualquier explosión, con cualquier camicace, en cualquier esquina y en algún atardecer en los que paseo mi cobardía y el incipiente valor en ese blindado oscuro que siento como caja mortuoria.

Querida madre, mi muy querida madre, perdona esta franqueza, sólo contigo me puedo desahogar, siento que nadie me ha amado más en este mundo, nadie más que tú, y que yo te pertenezco con todas las mezquindades y contradicciones.

Querida madre: en esta tierra y con esta guerra he aprendido a amar a las palmeras. Ellas me elevan de la miseria y conducen mis ojos hacia el cielo, hasta ti.

Siempre tuyo.

Jonny

Cada noche Samuel aguardaba a la entrada del campamento la llegada del blindado que hacía las rondas de vigilancia. Al principio lo hacía de forma disimulada y distraída, pero a medida que Jonny insistía en el empeño de pasear peligrosamente en aquel blindado, cada tarde en él aumentaba el malestar y la incertidumbre.

Otros soldados también solían acercarse por los alrededores para escuchar las novedades o interesarse por las bajas causadas. Desde que la guerra había entrado en un punto muerto, los ataques espontáneos de los camicaces cada vez eran más feroces.

Samuel siempre disponía de tabaco, pues no sólo era respetado por sus tareas de intendencia y por el reparto del correo sino porque nunca escatimaba su tabaco entre los compañeros. Solían conversar, contar anécdotas o chistes, pero cuando el blindado se aproximaba todos quedaban en silencio.

Ese silencio avivaba en Samuel el sonido desenfrenado de su corazón. Cualquiera que le hubiese observado en esa circunstancia, habría encontrado sin duda su punto más débil. Sus facciones se amansaban e incluso sus labios quedaban ligeramente entreabiertos sin poder sujetar prácticamente el cigarrillo.

El momento en el que Jonny bajaba, con los dos pies firmes sobre la tierra, las piernas entreabiertas y los brazos en alto para con energía arrancar el casco de su cabeza, se había convertido en un excitante proceso de respiración contenida y calor. Mucho calor interno, casi abrasador.

Al quitarse el casco, el rostro de Jonny aparecía hermoso y dulce, la piel blanca iluminaba su figura, el pelo desparramado de forma informal y provocativa.

Sus ojos felinos le huían, pero Samuel encontraba en esa huída un nuevo estímulo.

Jonny era consciente de esa contemplación, se apresuraba a quitarse el casco para alejarse con grandes zancadas, sin comentarios ni explicaciones...pero sentía en su interior un doble placer, físico al respirar aire y ver la luz, y espiritual ya que había desafiado una vez más a la muerte, se había enfrentado a su propio temor y bajaba airoso ignorando la súplica de Samuel, sin mirarle, pero sintiéndose admirado, querido.

Solía ir directo a la ducha y lavaba su cuerpo sin contemplación, con rudeza; dejando que el agua le cegara, para de esta manera limpiar su pensamiento, ignorar el deseo, su miembro erecto, huir del recuerdo que quedó grabado en su conciencia, los besos que sabía le habían devuelto a la vida, del cuerpo robusto que le abrazaba, de las manos fuertes que con urgencia le recorrían...Oprimía los ojos, desechando esa escalofriante sensación mezclada con el agua, secarse con furia y volver a huir.

Fue una calurosa tarde del mes de septiembre cuando Jonny no regresó.

Samuel se encargó de recoger sus pertenencias, custodiar el diario y guardar la carta que no envió a su madre.

María Isabel Ruano

Mayo 2007